

vecharia al despotismo de las bandas, á los que roban y asesinan ciudadanos pacíficos, niños, ancianos y mujeres indefensas; el gobierno, fuerte en su poder, será desde hoy inflexible para el castigo, puesto que así lo demandan los fueros de la civilizacion, los derechos de la humanidad y las exigencias de la moral.»

Consecuencia de la conducta señalada en esa proclama, fué el decreto expedido en el siguiente dia 3 de Octubre, por cuyo decreto eran entregados á las cortes marciales todos los que habian pertenecido á bandas ó secciones armadas, que no estuvieran legalmente autorizadas, cualesquiera que fuesen su organizacion ó número, proclamaran ó no un principio; los gefes de las tropas imperiales fueron constituidos en jueces de los prisioneros y encargados de sentenciarlos á muerte ántes de las veinticuatro horas, ó enviarlos á las cortes marciales si el reo era llevado á fuerza entre los republicanos; tambien entregó la ley á las cortes, designando las penas, á aquellos que de alguna manera ayudaran á los republicanos, aun á los dueños de fincas de campo que no avisaran á la autoridad el tránsito de alguna banda por la finca, ó que no se defendieran pudiendo hacerlo; todos los vecinos de las poblaciones amagadas tenian obligacion de presentarse á la defensa, siendo castigados en caso contrario, así como las autoridades de cualquier orden que no cumplieran la ley; se prohibió dar curso á toda solicitud de indulto y se concedió amnistía á todos los que habiendo pertenecido á bandas armadas se presentaran ántes del 15 de Noviembre, y el gobierno se reservó la facultad de declarar cuándo cesaban las disposiciones de esa ley que expresó tambien la manera de juzgar á los plagiarios. La firmaron los ministros Ramirez, Peza, Escudero y Echanove, Robles Pezuela, Esteva, Siliceo y el subsecretario César.

Muy distante de haber venido á poner término á la guerra, esa ley no fué más que nuevo combustible arrojado en la hoguera de las pasiones, aplaudiéndola en extremo los periódicos franceses que hacia tiempo abogaban por una política decisiva y de terror. Sin embargo, Maximiliano acogió las peticiones de indulto y evitó la ejecucion de varios sentencias, lo que no impidió que quedara con el carácter de sanguinario, y que hubiera un motivo para que el ministro republicano, Sr. Romero, se quejara al gobierno de Washington que tomó más activo papel poniendo trabas para la venida de mayor número de fuerzas austriacas ó francesas. Era el objeto de la memorable ley, estimular por el terror á que se acogieran á la amnistía, á la multitud de individuos que con diversos pretextos y dándose el nombre de guerrilleros, extorsionaban á las poblaciones cortas y robaban y plagiaban, pero indudablemente fué mal expresado el pensamiento, trajo incalculables males y se prestó á terribles venganzas. Maximiliano expidió esa ley equivocando los medios de pacificacion, é impulsado con exigencia por Bazaine y por un número considerable de hacendados y otras personas del interior, aun de distintos colores políticos; quejábanse de la situacion difícil en que estaban, pedian disposiciones severas y que se decretara castigos fuertes para los que dieran dinero ó prestaran auxilio á esas partidas armadas que los molestaban, con lo cual tendrian un pretexto para negar los servicios y exacciones que en calidad de préstamos se les exigian. La famosa ley fué formulada por algun individuo del Consejo, en cuyo seno se discutió y aprobó. Al llevarla Maximiliano al Ministerio, que hasta entonces tuvo conocimiento de ella, se presentó el secretario del mismo Consejo de Estado, que fué quien dió lectura y sostuvo la opinion que en ese cuerpo habia dominado; los ministros hicieron observaciones en el sentido de los abusos á que podia prestarse y á la inconveniencia de confundir á los partidarios políticos con los bandidos, pero al fin aprobaron la ley hacién-

dola, en la prolongada discusion que sufrió, importantes reformas y conviniendo en que las penas solamente se harian prácticas en determinados casos, para lo cual dispondria Maximiliano que se le diera conocimiento prévio en cada uno; el Ministerio modificó la redaccion de manera que pudiera ser eludida la ley, término medio que la nulificaba y hacia supérflua, dejando en pié el mal; la mente de aquella disposicion, si fué tan solo preventiva, como pareció serlo, produjo de todos modos un efecto contraproducente para el Imperio, cuando tan alarmadas estaban las poblaciones por la conducta inicua y feroz de las cortes marciales francesas.

En Michoacan continuó la guerra con éxito vario, pues si Morelia fué sorprendida por las tropas que acaudillaban Ronda, Garnica y Riva Palacio, el gefe imperialista Mendez derrotaba en Amatlan á los republicanos Arteaga y Salazar, á quienes fusiló, así como á otros muchos; en Alamos tambien fué llevado al patíbulo el gefe Rosales. Instigaba Bazaine á los gefes imperialistas para que pusieran en práctica la ley de 3 de Octubre, y fueron repartidas con profusion copias de ella, disponiendo el consejero Eloin una edicion de cuatro mil ejemplares; el cruel comandante frances mandó en sus instrucciones que no se hicieran prisioneros, «todo individuo, cualquiera que sea, tomado con las armas en la mano, sera fusilado.» «No habrá en adelante ningun canje de prisioneros. Es preciso que sepan nuestros soldados que no deben rendir sus armas á semejantes adversarios.» Era tolerada la conducta sanguinaria de los aliados del Imperio, y continuaba Maximiliano legislando; formuló la responsabilidad de los ministros y aceptó la renuncia que hicieron los Sres. Ramirez y Siliceo, quedando el primero de ministro de Estado, y entonces fué encargado D. Martin Castillo de los Negocios Extranjeros y el Sr. Artigas de la instruccion pública; pero habia sustitucion de personas y ningun cambio en la política. Cuando la princesa Carlota hizo una excursion á la península de Yucatan, estaban ya equilibradas las fuerzas contendientes, porque los republicanos aumentaban todos los dias y se hacian de recursos por un contrato que con autorizacion del ministro Romero, concluyó en los Estados-Unidos D. José Maria Carbajal; con motivo de estos negocios recordó Maximiliano que eran nulos los convenios que hiciera D. Benito Juarez, y en la República vecina protestó D. Luis Arroyo, quien, al nombrar los Estados-Unidos ministro cerca de Juarez, se retiró de allí y vino á la subsecretaría de Negocios Extranjeros. Pero ya en la República vecina no tenia límites el desbordamiento de la opinion contra los franceses que ocupaban á México, y conociendo éstos lo mal que hacian en extender tanto su línea de operaciones, evacuaron á Monterey y declararon que se limitarían á llevar á cada comarca el estandarte imperial que dejarían bajo la proteccion de tropas mexicanas, pues les era imposible ocupar la vasta extension territorial que poseia México, y entonces se vió con claridad, que excepto en Yucatan, en las demas comarcas era considerada la adhesion al Imperio inseparable de la presencia de los franceses. Por esa época ya habia ofrecido Napoleon al gobierno de los Estados-Unidos retirar de México las tropas francesas en el espacio de diez y ocho meses, noticia que entristeció á muchos y llenó de gozo á otros.

Maximiliano dió reglamentos sobre alojamiento de tropas, sobre líneas telegráficas, comisarios imperiales y oficiales de marina; expidió la ley para quintas militares; permitió la introduccion á México de trabajadores asiáticos, é insistió en la construccion de una línea férrea por Jalapa, á cuyo proyecto se oponia el ministro Robles Pezuela, y al dirigirse á Cuernavaca en busca de la salud que le faltaba por la enfermedad del hígado que padecia, adoptó por hijo al niño Iturbide, (Diciembre, 1865) y quiso abrir un

préstamo para realizar grandes mejoras materiales. También se ocupó Maximiliano en formar un Estatuto sobre garantías individuales, un reglamento sobre buques nacionalizados y otro sobre trabajadores del campo, que quedó en letra muerta; expidió una ley para dirimir cuestiones entre los pueblos sobre tierras y aguas; otra relativa á la administracion de los Departamentos; dió la ley sobre instruccion pública; designó las festividades nacionales; reglamentó el registro civil, la recepcion de abogados y la de pensiones. En el plan de estudios, que tendia á la instruccion enciclopédica, se prohibia la admision de alumnos internos mayores de cierta edad, lo que impidió que pasaran á estudiar á la capital muchos jóvenes de los Departamentos; pero las grandes causas para los males subsistian, y cada vez se ponía el porvenir más nebuloso para el Imperio, sublevándose las tropas aun en los alrededores de la capital, segun aconteció en Pachuca. Maximiliano premió con la Gran Cruz del Aguila Mexicana al gefe Tomas Mejía, por la defensa que hizo de Matamoros, punto expuesto á un ataque por parte de los norte-americanos. Mantenian los imperialistas sus esperanzas por la pugna que Gonzalez Ortega sostenia con el Sr. Juarez, queriendo le entregara el mando como á presidente de la Suprema Corte, llamado por la Constitucion para cuando terminado el período constitucional no fuera hecha la eleccion. En la Suprema Corte no habia quedado más que D. Manuel Ruiz, porque los Sres. Cortes Esparza y Lacunza habian reconocido al Imperio, pero tambien se separó del Sr. Juarez protestando contra la ilegalidad de que se mantuviera en el Poder. A fines de Octubre ya se retiraban los franceses de Chihuahua y el 13 de Noviembre dejaba el Sr. Juarez la villa de Paso del Norte y se dirigia á la capital del Estado, y aunque volvió al Paso ya no fué sino eventualmente.

Al examinar qué habian conseguido la Intervencion y el Imperio despues de tres años, tan solo se encontraba gastos nulos, emprendidos en plantear el nuevo gobierno, y exceptuando algunos triunfos militares que de ninguna manera correspondian á los esfuerzos y el dinero empleados, nada notable se habia obtenido. Un nuevo peligro, otro motivo de inestabilidad para el Imperio, vino con la muerte del rey Leopoldo, padre de la princesa Carlota, pues habia mostrado mucho interés en favor del gobierno imperial en México. Estaban los Príncipes en Cuernavaca cuando recibieron la noticia, y al regresar á la capital resolvieron cambiar el Ministerio presidido por el Sr. F. Ramirez; á la vez llegaba á México el ministro de Maximiliano en Francia, Sr. Hidalgo, y traía el encargo de participar que esa Nacion nada podia hacer ya en favor del Imperio mexicano, pues esperaba graves complicaciones en Europa á causa de la guerra entre Italia y Austria. Napoleon pidió aún repetidas ocasiones á los Estados- Unidos, que para retirar las tropas fuera reconocido por ellos el Imperio; pero nada consiguió y entónces el ministro frances aseguró al Gabinete de Washington, que la Francia no trajo preferencia por tal ó cual gobierno en México, sino que solamente vino á asegurar los intereses de sus nacionales y que cooperó al restablecimiento de cosas que consideró mejor garantizado. En tan angustiadas circunstancias, Maximiliano comenzaba á volver sus miradas hácia su verdadero partido, envió á Roma al Padre Fischer para que abriera de nuevo las negociaciones, y modificó el celo ardiente y la manera con que se habia expresado acerca del Pontífice romano.

Alimentaban los imperialistas aún las esperanzas originadas de las rencillas que contra el Sr. Juarez sostenian Gonzalez Ortega y sus amigos, á cuyas protestas se debió que los Estados- Unidos se abstuvieran de nombrar por cierto tiempo ministro cerca del gobierno republicano, aunque no dejaron de insistir en que los franceses aban-

donaran á México y se negaban á reconocer á Maximiliano cualesquiera que fuesen las consecuencias de la negativa; entre las fuerzas del gefe imperialista Mejía, en Matamoros, y las de los norte-americanos, se presentaban á cada paso conflictos, y como la opinion del pueblo en la vecina República es influyente en la marcha del gobierno, fué enviado el general Schofield á Francia con la mision de exponer la necesidad de concluir un pronto arreglo para la retirada de los franceses. Habiendo sido asaltada Bagdad por tropas negras de la orilla norte-americana, vinieron nuevas complicaciones, y tomó otro aspecto la cuestion militar en la frontera, pasando á Matamoros las tropas francesas de Nuevo-Leon y Coahuila. El gobierno austriaco tambien dejó de proteger el embarque de tropas para México, y cuando Francia no pudo obtener ni aun la oferta de neutralidad de los Estados- Unidos para con el gobierno de Maximiliano, no pensó ya sino en sacar sus tropas cuidando tansolo de no hacer una retirada con precipitacion, y fijó plazo para ello. Al saber Maximiliano esta determinacion de la Francia, á la cual habia dado gusto hasta permitir que la Hacienda quedara sujeta á un frances, pasó á la capital, dejando su retiro de Cuernavaca y pareció resuelto á sostener con los solos recursos de sus partidarios el trono que habia de caer al quitarle su natural apoyo; nombró nuevo Ministerio y nuevos comisarios que sin embargo nada podrian, porque todavía no quiso separarse del partido liberal moderado, causa principal de su ruina.

Las esperanzas de los imperialistas, como las de todos los que van sucumbiendo, se reanimaban con cualquiera apariencia de salvacion; creyeron que apareceria de nuevo la guerra en los Estados- Unidos al darse la ley llamada de libertos; pero la suerte estaba echada desde que Napoleon dijo: «que las tropas iban á regresar luego que aseguraran los intereses franceses» que vinieron á defender, sin que le hiciera variar ninguna de las influencias que se opusieron á esa determinacion, contándose entre ellas la de Forey. Completamente cambió el aspecto de la política la declaracion de que los franceses estaban en México por cuestion internacional; esta inflexion era un reproche lanzado al partido que aceptaba la Intervencion, pues atribuía origen espurio al gobierno nacido bajo su sombra, é indicó que fácilmente olvidaba Napoleon las instrucciones que habian traído sus generales. Por el mes de Marzo (1866) llegaba á México el baron de Saillard, para arreglar con Maximiliano las condiciones bajo las cuales habian de regresar las tropas francesas y lo relativo á la deuda; pero Maximiliano se abstuvo de tratar; volvió á Cuernavaca, tuvo frecuentes juntas para tratar de la Hacienda, y envió sus cartas de retiro á la Legacion en Roma, pues un Concordato que se habia llegado á formar no tuvo carácter oficial, no obstante que Maximiliano se comprometia á dar una indemnizacion por el valor de los bienes secularizados. En esta vez se vió en la administracion imperial empeño y laboriosidad, para todo lo que podia tender á la estabilidad y á remediar los males públicos; pero eran de tal trascendencia, desde el origen de ese gobierno que se habia levantado sobre bayonetas extranjeras y en lagos de sangre mexicana; se notaba tanto la falta de plan gubernativo, sólidamente concertado, que fueron nulos todos los esfuerzos hechos en favor del establecimiento de mejoras morales y materiales. En los momentos supremos en que iban á retirarse las tropas francesas, á cuya sombra crecia el parásito Imperio, y cuando en el Senado de los Estados- Unidos se admitia una proposicion sobre un empréstito en favor de la República mexicana, se le aconsejó á Maximiliano que cambiara de política y se pusiera completamente en manos del partido conservador, que era propiamente el suyo; que limitara los gastos de la administracion á lo que producian las rentas y que sacrificara el lujo

y el ridículo boato á la realidad de las cosas; pero nada podian en Maximiliano las observaciones verdaderamente juiciosas y no abandonó su idea de conciliar los partidos por medio de la autoridad y de la proteccion á las leyes de Reforma.

Cuando los cuerpos del ejército republicano eran ya temibles por la disciplina y la experiencia; cuando todo el país se levantaba contra un orden de cosas que se veia bien no podia subsistir, y los franceses se preparaban para la retirada por Abril de 1866, Maximiliano disponia la manera de contener la inundacion del Valle, hacia viajes á Cuernavaca y proyectaba pasar al Interior y visitar á Guadalajara. Un movimiento notabilísimo comenzó á tener lugar en las ideas y en favor de los republicanos, á los cuales se adherian muchos que hasta entónces les habian sido del todo opuestos, y se presentia la ruina completa del Imperio no obstante que llegaba á Veracruz el 6º batallon de la legion extranjera, contra cuyo envío protestó Mr. Seward, usando para con Austria duras expresiones. Maximiliano no desesperaba en sus esfuerzos por ligar de alguna manera los intereses del Imperio con los de los Estados-Unidos, por contratos sobre colonizacion, ó por concesiones para el establecimiento de líneas de vapores entre Veracruz y Nueva-Orleans, aun despues que los Estados-Unidos nombraron ministro cerca de Juarez á Mr. Campbell. Aunque la República vecina sostenia la política de no intervencion, entendida á su modo, tomaba una actitud exigente y resuelta en nuestros asuntos, á consecuencia de la cual, más que por las complicaciones que amenazaban á la Europa, resolvió Napoleon el 5 de Abril, que saldrian de México los primeros cinco mil soldados franceses en Noviembre de 1867, cuya noticia transmitió al gobierno de los Estados-Unidos su ministro en Paris, Mr. Bigelow; el gobierno de Washington no quedó conforme, pero aplazó su resolucion y exponer sus deseos.

Maximiliano sacaba recursos por medio de contribuciones muy mal recibidas, pues no se admitia como base el producto de las fincas sino el valor absoluto de ellas; esto aumentó el número de los que aplaudian el regreso de los franceses, contándose entre ellos los que sin hostilizar de frente al Imperio, no eran ni habian sido adictos á la Intervencion; con doble intencion asegurábase que la partida de los franceses era saludable á Maximiliano: unos para que cayera más presto, y otros de buena fé querian que se levantara un ejército permanente nacional, y cerraban los ojos para no ver los escollos que existian bajo esa mar tranquila en que representaban al Imperio; éstos veian como una necedad y un chiste los augurios de algunos periódicos, como «El Marques de Caravaca,» que aseguró se acercaba una gran catástrofe inevitable y segura, y que no estaba léjos el dia de una venganza inexorable. El «Diario del Imperio» declaraba, por el contrario, que los elementos nacionales no desaparecerian con la salida de los franceses, ántes bien entónces habria probabilidades de completa pacificacion y de consolidar un gobierno, y que iba á concluir el cuadro de exterminio y anarquía prove-nido de la division de opiniones; aseguró que la política de Maximiliano seria la amalgamacion de los partidos y que contaba para ello y para prestigiar su gobierno, con las relaciones exteriores y con reemplazar suficientemente al ejército que se iba. Envió Maximiliano cartas de retiro á su ministro Hidalgo, en Francia, y entónces nombró á Almonte para que pusiera á Napoleon la disyuntiva de no abandonar á México ó romper con él completamente, no obstante que las agitaciones europeas le probaban la dificultad de conseguir lo primero, cuando en Austria misma se impedia el embarque de las tropas.

Esta situacion no podia ménos que aumentar el número de los republicanos, y á tal

grado en los Estados del Norte, que pensó Bazaine establecer su cuartel general en San Luis Potosí, por haber caido Matamoros en poder del general Escobedo, despues de la derrota que sufrió el gefe Olvera, y de la capitulacion de Mejía que se retiró á Veracruz; Tampico tambien seguia amenazado, y como declararon los Estados-Unidos que los efectos de guerra eran de corriente comercio, se abastecieron de ellos los republicanos. Grande efecto produjo la pérdida de Matamoros, aunque era esperada; á nadie se ocultó la trascendencia del suceso, por el cual los republicanos recobraban una fuente de recursos, un punto de apoyo muy valioso y un centro de comunicaciones con los Estados-Unidos; tambien allá causó sensacion la caída de una plaza que daba al Presidente Juarez, ya dueño de Chihuahua, el carácter de estabilidad que le faltó por tanto tiempo; vino tal suceso á dar nueva faz á la situacion y abrió un período crítico para el Imperio, al grado de haber vuelto Bazaine al Interior. Desde que se tuvo por cierta la desocupacion de México por las tropas francesas, se apresuraron muchos á darse de alta en las filas republicanas y crecieron las sublevaciones; los Alvarez estrecharon el sitio de Acapulco y en Sinaloa llegó Corona á acuñar moneda. A cada suceso notable se hablaba del cambio de ministros; pero hasta que palpó Maximiliano el abismo abierto á sus piés resolvió variar de política, llamó á Márquez, y sustituyó las cortes marciales por consejos de guerra; expidió el Código Civil del Imperio y suprimió algunas comandancias militares, y como Almonte nada habia conseguido en Europa, creyó necesaria la marcha de la princesa Carlota, para que personalmente agenciara la permanencia de los franceses en México y que no fuera abandonado el Imperio; la princesa visitó ántes la villa de Guadalupe, y en seguida salió por el tren de Veracruz el 8 de Julio y se embarcó el 13 (1866); en la navegacion fué atacada de enajenacion mental, molestábala el incesante ruido de la hélice, y cuando llegó á Europa ya estaba loca, trastorno que se le habia notado despues de la navegacion que hizo para ir á Yucatan. Maximiliano insistia en solicitar de Francia los recursos, al grado de mostrar intencion de abdicar en caso de que se los negara; pero Napoleon siguió inflexible en su propósito de no auxiliarle. Para atraerse la simpatía de Francia apeló Maximiliano aun á la formacion de un Gabinete frances, poniendo en Guerra al general Osmont y en Hacienda á Mr. Friant, quienes duraron poco porque Francia les negó el permiso para continuar; entónces se dió por seguro que Maximiliano iba á rodearse nuevamente de sus verdaderos partidarios, de los intervencionistas y monarquistas, y á retirarse de los liberales.

El Imperio no habia podido cumplir con lo pactado en la Convencion celebrada en Setiembre de 1865, y apenas ascendieron á doce millones las cantidades que habia podido entregar de los cuarenta millones pactados. La disposicion para que se efectuara la quinta en los Departamentos de México, Puebla y Querétaro, aumentó el malestar; fué una nueva conmocion que sufrió la sociedad, y trajo á Maximiliano mayores males que los que se habrian originado de la leva ú otro arbitrio para llenar los cuadros del ejército. De tal naturaleza aparecieron los inconvenientes del sorteo, que fué preciso suspenderlo, no obstante que ya Francia habia manifestado al ministro Bigelow, que podria ser la retirada de las tropas francesas ántes del plazo dado, por consideraciones climatéricas y otras. La defeccion de las fuerzas imperiales era considerable, al grado de haber sido aprehendidos en la capital individuos del partido conservador que la protegian, y otros como el canónigo Ordoñez y D. José Miguel Arroyo, acusados de santanistas. El oleaje republicano iba subiendo y amenazaba ahogar al Imperio; Rosalino Mendez obligó á capitular en Tampico á ciento cincuenta franceses, y cuerpos conside-

rables de ejército sitiaban á poblaciones importantes y eran dueños de las costas; hasta Lozada abandonaba á Maximiliano pasando, dijo, á la vida privada; los franceses seguían la retirada limitando sus movimientos á protegerla; sin embargo, los imperialistas no desmayaban, porque supieron que se había hecho la paz entre Prusia y Austria, precisamente al llegar á Europa la princesa Carlota.

Resuelto Maximiliano á entregarse á los conservadores, llamó á su lado, al ministerio de Justicia, al Sr. D. Teodosio Lares y también á D. Teófilo Marin, pero conoció cuán necesario le era el dinero que completamente escaseaba, sin que lograra realizar ninguno de los medios para conseguirlo; invistió al jefe Mendez de plena autoridad en Michoacan, cuando ya los republicanos habían recibido orden de avanzar al Interior, y entonces todos los partidarios del Imperio estaban pendientes del resultado de la misión que á Europa había llevado la princesa Carlota, sin fijarse mucho en los detalles de la guerra, hasta que en Setiembre (1866) se supo que Napoleon no accedía á la petición por los compromisos que tenía con los Estados-Unidos. Nuevas alarmas se esparcieron por la sociedad á causa de que á los bienes de manos muertas se les impuso el quince por ciento sobre el valor en que fueron adjudicados; la comision revisora fué retirada y la ley sobre esta materia acabó de dar al Imperio el golpe de gracia, decidiendo en su contra un gran número de propietarios, alarmados también por las confiscaciones que en sus haciendas venían ejerciendo los republicanos. El Gabinete conservador fué compuesto por el Sr. Lares con los Sres. Teófilo Marin, Manuel García Aguirre y Joaquin de Mier y Teran, encargados respectivamente de Gobernacion, Cultos y Fomento; al general Tabera se le encomendó la Guerra, y á D. Joaquin Torres Larrainzar la Hacienda, quedando en Negocios Extranjeros el Sr. Pereda; por el cambio habido en la política fueron más de cuatrocientas personas á dar las gracias á Maximiliano, que residía en Chapultepec. Pero las circunstancias se agravaron hasta el punto de haber declarado el Presidente de los Estados-Unidos, Mr. Jhonson, que era nulo el decreto de Maximiliano que declaraba cerrado el puerto de Matamoros. Sin embargo de tanta contrariedad, y cuando se creía que este Príncipe iba á abdicar, declaró en un discurso pronunciado el 16 de Setiembre, que un varon de su familia no huía de riesgos y dificultades. El nuevo Ministerio dió un programa en que se traslucía el triste cuadro del país, y basó la legitimidad del Imperio en las actas que lo establecieron; pero este sistema quedaba vacilante y en grandes conflictos al retirarse los franceses: tenía que luchar no solamente con el elemento republicano activo y eficaz, sino con la proteccion decidida que á éste daban los Estados-Unidos. En aquel programa se pedia la mancomunidad de esfuerzos entre todos los cuerpos del gobierno; concentracion del Poder Ejecutivo en el Ministerio; eleccion de nuevos gefes políticos; reorganizacion de los Departamentos del Norte y armonía entre la Iglesia y el Estado, dejando los hechos consumados, sin tocar lo relativo á manos muertas; se asignaba al clero una dotacion para que pudiera subsistir, y se había de nombrar un general en jefe mexicano; fué notable que viniera el partido conservador, cuyas ideas absolutistas son muy conocidas, á poner fin á la faz del gobierno puramente personal con que se inauguró el Imperio.

Esta conducta de Maximiliano ya no podía salvar al Imperio; venía á ser fuera de oportunidad, y personas de buena fé decían claramente y en alta voz al infortunado Príncipe, que tan solo le quedaba cruzar los brazos y dejar que los sucesos siguieran para caer en el abismo, sin fatigarse en evitarlo, con tanta más razon cuanto que tenía ideas contrarias á las del partido á que se acababa de entregar; indicábanle que debía

abdicar pues nada había que esperar despues que Mr. Seward declaró, en los Estados-Unidos, que á fines de 1866 ya no ondearía en la capital de México el pabellon frances. Entonces la abdicacion de Maximiliano habría sido un acto de sensatez, puesto que carecía de dinero y ejército: para lo primero no disponía más que de Veracruz, cuyos productos eran aplicados, en parte, al pago de los intereses de la deuda extranjera, los demas puertos del Golfo estaban por los republicanos; San Blas y Mazatlan estaban bloqueados, Acapulco y Manzanillo nada producían, y el movimiento mercantil se hallaba muerto; para animarlo era preciso el ejército y para éste los recursos, quedando la vida del Imperio en un círculo vicioso desde que retiraron los franceses su auxilio, y en esa grave situacion no tenían influencia las pequeñas derrotas que sufrían los republicanos, ni podían salvarla los pocos conocimientos hacendarios del Sr. D. Mariano Campos, llamado al ministerio de Hacienda.

Napoleon envió á su general Castelnau para decidir á Maximiliano á que regresara á Europa, y á participarle que era inexorable la resolucion de retirar al ejército; el enviado llegó á Veracruz á mediados de Octubre y pasó á México cuando Maximiliano, enfermo de calenturas intermitentes y apesadumbrado por la noticia de que su esposa estaba gravemente enferma, se marchaba á Orizava sin esperar en la capital la llegada del Enviado frances. La partida de Maximiliano aumentó la efervescencia; los ministros creyendo que Maximiliano iba á embarcarse, renunciaron, pero ante la promesa que hizo aquel de que no sería larga su permanencia en Orizava, continuaron en sus puestos; esta manifestacion no acabó con el malestar, al contrario, al anunciar la «Estaffeta» que Bazaine quedaba de teniente general del Imperio y presidente del Ministerio, creció la exaltacion precisamente cuando ese general criticaba la marcha de Maximiliano á Orizava. Empeoró la situacion de este Príncipe con la derrota de seiscientos austriacos y más de cuatrocientos mexicanos en la Carbonera por las tropas al mando de Porfirio Diaz, suceso que determinó la posesion de Oaxaca por los republicanos; Riva Palacio y Cosío amagaban á Toluca; Tenancingo era incendiado en un ataque y Guadalajara declarada en estado de sitio. Así se derrumbaba el edificio levantado con tanto gasto y tanta sangre, y de nada sirvió querer sostenerlo con la derogacion de la ley que impuso el quince por ciento á los poseedores de bienes nacionalizados, ni la reunion de los prelados eclesiásticos para dictar las bases de un Concordato; y á no ser por un decreto sobre cementerios y la derogacion de ciertas leyes, no dió ya otras señales de vida el Gabinete Lares, cuyo programa era imposible cuando se hallaba estancado todo movimiento mercantil; el espíritu de empresa había plegado sus alas y los franceses exigían que les fuera entregada la Aduana de Veracruz, segun una Convencion firmada entre los Sres. Danó y Arroyo.

La prensa francesa en México, aconsejaba la abdicacion como único paso conveniente, asegurando que era una ilusion creer que á la salida de los franceses encontraría Maximiliano en sus partidarios el dinero y las armas para sostenerse; que los mexicanos nunca olvidarían que era extranjero; que el sufragio sin recursos era impotente para defender lo que proclamaba, y que si Maximiliano escapaba á las defecciones y á las acechanzas de los norte-americanos, no escaparía á la penuria hacendaria. La «Sociedad» y otros periódicos declararon lo mismo; pero á las razones expuestas contestaban los periódicos imperialistas, entre ellos «La Patria», diario ministerial, con argumentos que en último análisis se reducían á que la Nacion quedaría en la anarquía. «La Patria» calificó las razones que se daban para la abdicacion, como ofensivas á los mexicanos y